

LETRAS
SIN
FRONTERAS



80 ANIVERSARIO
DEL FONDO
DE CULTURA ECONÓMICA



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO

Breviarios

En el recuerdo personal de todo estudiante argentino de los años cuarenta en adelante, el Fondo de Cultura Económica –lo que admite la grácil y sugestiva confusión entre libros baratos y libros de economía– está asociado a ciertos títulos, autores, formatos (como se diría hoy) y a ciertas palabras que de otra manera no se hubieran implantado tan fácilmente, como *breviario*. Sobre todo esa palabra, *breviarios*, que ponía en una sola bandeja de plata obras de autores fundamentales y la ilusión de que allí se encontraría el brebaje de una sucinta lectura en su proporción justa, económica. Pero lo cierto es que aquí sí los libros resultaban “económicos”; se llamaban así obras formidables del siglo XX que no tenían ninguna de las notas que se sugerirían cuando se emplean las palabras *brevedad*, *sinopsis*, *compendio*. Por ejemplo, *El pensamiento salvaje* de Levi-Strauss era un breviario (y su lugar en la cultura antropológica del siglo XX) sugiere menos un manual resumido que una onda expansiva inagotable de reflexiones cuyo cuño artístico no desmerece su pretensión científica.

Recordar hoy ese y otros tantos libros, hace que de inmediato venga a la memoria la centella de esa palabra, que a su vez evoca la sigla del Fondo de Cultura Económica con su estampada figuración quijotesca, a la manera de un espadín que trastorna la letra efe. Pero a mí me hace recordar también nombres como los de Cosío Villegas y Henríquez Ureña –tan ligado a la Argentina– y principalmente a Orfila Reynal, uno de sus primeros directores, socialista y argentino. Y ninguna de esas dos filiaciones resulta tan interesante –digo lo menos– que su casamiento con la viuda de Víctor Serge, el revolucionario búlgaro-ruso, gran escritor, comisario para los asuntos de seguridad pública en los años soviéticos de Lenin, y agudo observador sobre los actos conspirativos en la vida política.

Esta inesperada trama que lleva lejos la posibilidad asociativa sobre exilios, revoluciones y vidas desterradas también viene a vincularse a otro libro de Lévi-Strauss, *Tristes trópicos* –éste editado por primera vez en castellano por Eudeba, un nombre que en su momento no podía dissociarse del del Fondo de Cultura Económica–, que en su primer capítulo narra precisamente el viaje en barco a Brasil, donde en la escala mexicana bajan junto a Breton para entrevistarse con Trotsky y Rivera, y el propio Víctor Serge, a quien el antropólogo francés recuerda por sus manos refinadas, se le ocurre que eran parecidas a las de un monje tibetano. En el aniversario del Fondo de Cultura Económica, muchos recuerdos pueden suscitarse. Éste es el posible resto de uno de esos recuerdos.

El Fondo de Cultura Económica: la casa de las letras sin fronteras

Desde 1934, el Fondo de Cultura Económica ha ofrecido en bellas y cuidadas ediciones lo mejor de la sensibilidad e inteligencia mexicana e hispanoamericana y del pensamiento mundial de vanguardia. Es un exitoso proyecto cultural que más se precia de haber creado legiones de lectores, junto con otras insignes editoriales latinoamericanas, que de haber vendido millones de libros.

Su catálogo histórico, con cerca de 10.000 títulos y 62 autores galardonados con el Premio Nobel, busca satisfacer lo mismo al público en general que a especialistas y estudiantes en materias tan variadas como Economía, Arte Universal, Lengua y Estudios Literarios, Historia, Antropología, Filosofía, Política y Derecho, Ciencias, Administración Pública o Psicología, y acoge lo mismo a consagrados escritores que a talentos emergentes.

Parafraseando al entrañable y recién fallecido escritor José Emilio Pacheco, uno de nuestros más conspicuos y apasionados lectores, jamás sabremos cómo sería el mundo si no existieran los libros del Fondo, y nunca podremos medir lo mucho que nos ha dado.

¿De dónde nacen tal ubicuidad cultural, tan prolífica generosidad? Sin duda de la honda raigambre de esta casa, nutrida con el ideario cultural de la Revolución mexicana y acrisolada en aquel Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1921, cuyo entusiasta organizador fue el estudiante Daniel Cosío Villegas, y en el que fungió como joven delegado el argentino Arnaldo Orfila Reynal; años después ambos serían directores generales de esta casa.

Dicho congreso, patrocinado por el ilustre educador y filósofo José Vasconcelos –a la sazón secretario de Educación Pública– y efectuado en la Ciudad de México, retomó los planteamientos del movimiento reformista universitario de 1918 de Córdoba, Argentina, que tuvo resonancia continental. Por supuesto el Fondo también se nutrió de la sabiduría de los exiliados republicanos españoles que se sumaron con entusiasmo y dedicación a sus filas desde fines de los treinta, cuando allende los mares se cernía el fascismo.

Cosío Villegas, promotor y primer director del Fondo, fincó sus cimientos y le dio su impronta multidisciplinaria; Arnaldo Orfila Reynal, argentino mexicano que le sucedió, creó en su prolongada y fructífera gestión varias de nuestras colecciones más queridas, como Breviarios y Letras Mexicanas, y acrecentó la pluralidad del Fondo, tan atractiva en un siglo convulso y pleno de maximalismos como el pasado XX. Y así, aun con sus altibajos, los sucesivos directores generales ampliaron los horizontes de esta casa, que hoy cuenta con

nueve filiales en el mundo, destacándose entre las más importantes la argentina, inaugurada en 1945.

Este 2014, cuando cumple ocho décadas de vida, las raíces iberoamericanas y el espíritu incluyente del Fondo le impulsan a acrecentar los campos del saber en los que incursiona, a captar cada vez más públicos. Consciente de su dimensión histórica y de su legado, pero con los ojos puestos en el futuro, la editorial emprendió su digitalización sin desertar de la galaxia Gutenberg, atenta a las nuevas formas de difusión del conocimiento y a las más variadas corrientes de pensamiento sin adscribir a ninguna, y sin que cese su deseo de estar en más países y en diferentes latitudes del pensamiento, todo lo cual quizá sea el secreto de su longevidad.

Cuando la oscuridad del autoritarismo nubló España y Sudamérica, los libros del Fondo fueron la constante intelectual de Latinoamérica y de la Península Ibérica. Hoy, honrando la viva memoria del cosmopolita y metafísico Jorge Luis Borges, quien durante 18 años rigió los destinos de la Biblioteca Nacional de Argentina, se exhibirá una muestra de testimonios gráficos y bibliográficos de tal presencia; volúmenes tan cargados de historia que no sólo encarnan el imparable devenir del pensamiento universal y de nuestras relaciones como naciones hermanas, sino también parte de la historia del diseño, la tipografía y los colores que han engalanado a la infinita biblioteca ciega de la humanidad.

José Carreño Carlón
Director del Fondo de Cultura Económica

Una iniciativa cultural

Cuando Daniel Cosío Villegas pensó –tal vez considerando de qué modo se estaba moviendo la sociedad mexicana con las novedades que traía Lázaro Cárdenas hacía poco en la presidencia– que había que ayudar de alguna manera, o sea mediante material didáctico, a estudiantes jóvenes, introduciéndolos a un indispensable saber de la economía, no debe haber imaginado que estaba dando nacimiento a un fenómeno editorial sin precedentes y sin comparación. Llamó a su modesta iniciativa “Fondo de Cultura Económica”, una entidad destinada, en principio, a esa disciplina pero que poco a poco fue poniendo el acento en la segunda palabra “cultura”, ámbito más amplio que terminó ganando la partida.

Creo comprender el paso de un sustantivo a un adjetivo: después de la Revolución y con el ánimo de restañar las heridas con la promesa –arraigada en la poco conocida paz– de construir un país más justo y desarrollado, la educación y la cultura se convirtieron en temas decisivos y dominantes. No tan lejana herencia, o idea, de Vasconcelos, que prematuramente pensó más o menos en los mismos términos: todavía se sentía el eco de sus extravagantes ediciones de clásicos griegos y latinos como antídoto contra los apresuramientos bélicos y los enconos del subdesarrollo.

El Fondo, que tomó paradójicamente forma en pocos años, lo entendió y a su manera lo encaró y resolvió en una curiosa interpretación del nacionalismo: traducir, como remedando la antigua escuela de Toledo, era consolidar, afirmarse, lo exterior al ser propio lo necesitaba y así fueron apareciendo los clásicos de la economía y, poco a poco, otras obras de espectro más amplio hasta descubrir, no mucho después, la literatura –poesía, narrativa, crítica–, como, en una interpretación igualmente clásica, un nutriente fundamental de una cultura indecisa y ávida de encontrar su cifra. Al igual que Cárdenas respecto de los remanentes de la Revolución, eligió la inteligencia y sus responsables pusieron sus miradas en los mejores escritores mexicanos, del pasado y del presente; se alimentaron de los escritores españoles que estaban llegando a un exilio que los acogió con generosidad y, en el vértigo de la traducción, se convirtieron en los mejores lectores de la contemporaneidad en materia de filosofía, crítica, teoría y literatura propiamente dicha.

Sin temor a las rémoras de la distribución, sostenidos por un Estado que, invariablemente, respaldó el estatuto de autonomía que le daba a la Editorial una libertad que editoriales comerciales no tienen, sin pensar en las obsesivas ventas ni en las torturantes ganancias, ni en los rituales de sacrificio de libros poco vendidos, fueron constituyendo una biblioteca impresionante, donde está todo lo mejor de la cultura del siglo XX y en la que la pertinencia se une a la delicadeza de la realización.

El Fondo, quizás por la impronta que le dio el querido y admirado Arnaldo Orfila, pero también en efectiva respuesta a los viejos pero irrenunciables sueños de Pedro Henríquez Ureña, miró muy pronto a Latinoamérica, se puede entender en esa mirada que México formaba

parte de ese todo cuya producción literaria, resuelta país por país, escritor por escritor, descansaba implícitamente en el viejo ideal de una unidad que sólo por la literatura parece posible. Así, escritores de todo el continente encontraron domicilio en las estanterías del Fondo, con el mismo cuidado, con la misma dedicación, con la misma prestancia que los mejores mexicanos, junto a historiadores imprescindibles y sociólogos probados, críticos literarios de verdad, filósofos de nuevas escuelas y de duración histórica.

La presencia del Fondo de Cultura Económica en la Argentina, temprana y permanente, no fue sólo el hábito mexicano sobre nuestras mentes; si se mira bien, el papel que se supone que una editorial debe desempeñar en una cultura –y que en los tiempos que corren ha sido bastardeado hasta la irrisión–, de comprensión y respaldo, no tiene comparación. Paradoja: la creencia común considera que una gestión propiciada y sostenida por el Estado es garantía de ineficiencia y corrupción y la enfrenta con una admiración ciega a la iniciativa privada pero en los hechos, en estos hechos, el solo catálogo del Fondo, deslumbrante, irradiante, enseña casi todo sobre este continente y sobre el mundo. Su millón de volúmenes publicados, a sus 80 años de vida, ninguno incinerado, pertenece al orden del milagro. La cultura, como sustantivo, tiene ahí un fundamento sólido, un orgullo americano.

Noé Jitrik



Edición y americanismo: el Fondo de Cultura Económica y Argentina

El origen de las relaciones del FCE con nuestro país se enmarca en el contexto ideológico de los años treinta y cuarenta, al que suele caracterizarse con el genérico nombre de americanismo. En efecto, en la “Nota preliminar” del *Catálogo general* de 1964 se exhiben con orgullo las cuatro líneas directrices que guiaron la trayectoria del Fondo: 1) Se trata de una institución de bien público, de servicio cultural (es decir, sin fines de lucro); 2) conserva una ética editorial (no atada a las modas comerciales, ni a las demandas primarias del mercado); 3) “aspiración humanista”; 4) vocación americanista (“fidelidad a la significación, perdurable y potencial, de Iberoamérica”).

Toda vez que se ha hecho referencia al americanismo del Fondo se ha puesto el foco de análisis, y con muy buenos argumentos, en el catálogo. Analizados los dos catálogos-libro que el Fondo publica en 1955 y en 1964 (en las respectivas celebraciones de sus veinte y treinta años de vida; otros dos catálogos importantes se publicaron en 1984 y en 2009), se advierte un itinerario que podría sintetizarse en tres etapas o momentos:

- La primera, ligada al proyecto original de Cosío Villegas desde la Escuela de Economía, privilegia las colecciones de economía y sociología, con una vocación de modernización del pensamiento y de introducción, para América Latina, de las novedades intelectuales del mundo.
- La segunda responde acabadamente al proyecto americanista, representado por el lanzamiento de Tierra Firme en 1944 (“una hora de la conciencia hispanoamericana”, en el catálogo de 1955 se registran 57 títulos y 5 volúmenes especiales); de la Biblioteca Americana en 1947¹ (36 títulos para 1955; luego el ritmo de la colección se desacelera) y de Letras Mexicanas en 1952 (con el lanzamiento de la *Obra poética* de Alfonso Reyes).
- La tercera, a la que podríamos llamar de popularización, corresponde a la centralidad de colecciones de bolsillo y más accesibles al gran público, como Breviarios (se inicia en 1948; para 1964 se habían publicado 175 títulos) y la Colección Popular (se lanza en 1959 y en el catálogo de 1964 ya registra 50 títulos).

Como se ve, es en la segunda y en la tercera etapa del notable catálogo del Fondo cuando el americanismo se acentúa. Sin embargo, es posible brindar otra mirada sobre este rasgo característico del proyecto editorial, focalizando en las políticas de expansión e intercambio comercial, en el marco de las migraciones políticas e intelectuales de nuestra América y

¹. Es frecuente que la bibliografía insista en que la Biblioteca Americana fue dirigida por Pedro Henríquez Ureña. Sin embargo, es sabido que el gran intelectual dominicano falleció en 1946, de modo que sería más adecuado decir que proyectó o diseñó la colección, pero no alcanzó a dirigirla.



Folleto promocional de la colección
Tierra Firme, 1947.

de los vaivenes económicos que fueron modificando su fisonomía. En 1949, Cosío Villegas publica, en *Cuadernos Americanos*, un artículo con un título que es en sí una consigna de lucha: “España contra América en la industria editorial”. Allí afirma:

La guerra civil hizo emigrar a América a algunos intelectuales españoles que encontraron pronto acomodo como valiosos colaboradores de las nuevas editoriales hispanoamericanas; emigraron a América, asimismo, algunos trabajadores gráficos pero, sobre todo, elementos directivos de la industria editorial española que se pusieron al frente de editoriales americanas. Contra estos hechos, de cuya gran significación no es posible dudar, están otros en los que poca o ninguna influencia pudo haber tenido la guerra civil española. Ni en la Argentina misma, en donde las empresas editoriales proliferaron de modo desconcertante, se dio el caso de un solo taller de imprenta fundado por los exiliados políticos españoles; lo mismo, exactamente, ocurrió en Chile y en México. Esto quiere decir que toda la industria de artes gráficas en que se apoyó la nueva industria editorial latinoamericana existía íntegra antes y que los nuevos talleres que se fundaron (varios en la Argentina, y no más de tres en México) son de nacionales latinoamericanos.²

Como se ve, el americanismo ideológico de los promotores del Fondo esgrimía argumentos de peso para discutir la hegemonía de España; claro está, en 1949, en el período más bajo de producción de libros en la península. Lo que quiero decir es que el americanismo ya se advierte en el catálogo, pero también en las batallas ideológicas y en la lucha por la hegemonía en un mercado específico. En este sentido, la posición de Cosío tuvo su equivalencia en las decisiones políticas y comerciales que se fueron tomando desde el Fondo. Se abre una sede en Buenos Aires en 1945 (y se encarga su dirección, como es sabido, a Arnaldo Orfila Reynal); y siguieron: en Santiago de Chile en 1954, en Madrid en 1963 (con la lúcida dirección de Javier Pradera), en Caracas en 1974, en Lima en 1975.³ Los catálogos mencionados marcan una diferencia entre “sucursales” y “representaciones”, pero es posible advertir que en algunos casos lo que era una mera “representación” con los años se transformó en “sucursal”; así, el catálogo de 1955 menciona las de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, España, Perú y Uruguay;

² Cosío Villegas, Daniel, “España contra América en la industria editorial”, en *Cuadernos Americanos*, volumen VIII, n.º 1, 1949, pp. 59-71.

³ Sobre la expansión del Fondo a través del proyecto de la colección Tierra Firme, se destaca el documentado trabajo de Gustavo Sorá, “Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 537-566.

el de 1964 añade la de Venezuela. Por su parte, Gloria López Llovet comenta⁴ que el director de Editorial Sudamericana, Antonio López Llausás, acaso temeroso por “el advenimiento del peronismo” decide abrir dos sedes en el extranjero; así nace una filial en México a la que llama Hermes y otra en 1949 (el mismo año en el que Cosío publica su belicoso comentario contra España) en Barcelona, Edhasa. O sea: el Fondo se expande hacia el sur, mientras Sudamericana lo hace hacia el norte. Y aquí es necesario apuntar que antes incluso, entre 1938 y 1942, la editorial Ercilla de Chile (en la que tanto tuvieron que ver los exiliados del APRA peruano [Partido Aprista Peruano]) había abierto sucursales en cinco países americanos: Argentina, Cuba, Colombia, México y Uruguay. Sabemos que Sudamericana (y también Ercilla) era una empresa de un perfil más comercial que el Fondo, y que su interés por la literatura latinoamericana tiene que ver con la pérdida creciente de mercados externos a partir de los cincuenta. Sea como fuere, resultan llamativas las conexiones rizomáticas del mundo editorial latinoamericano de aquellos años; conexiones que desmienten la insistencia de buena parte de la bibliografía peninsular en señalar la centralidad de las editoriales catalanas en el descubrimiento de la literatura latinoamericana para los latinoamericanos. Por el contrario, tanto las novedades que tempranamente exhibía el catálogo del Fondo (Juan Rulfo, Octavio Paz, Carlos Fuentes, entre tantos otros), como su notable expansión comercial por América y España, sumada a la simultaneidad con otros proyectos que lo secundaban, hablan de una vigorosa red intelectual, una sólida empresa y una proyección editorial que aún muestra su indiscutible vigencia.

José Luis De Diego

⁴ López Llovet, Gloria, *Sudamericana. Antonio López Llausás, un editor con los pies en la tierra*, Buenos Aires, Dunken, 2004, p. 43.

Cónsul de la cultura

“Orfila Reynal no sólo vivió un siglo, lo llenó.”

Carlos Fuentes

En 1958 las autoridades de la Universidad de Buenos Aires decidieron armar una editorial y para asesorarse convocaron a Arnaldo Orfila Reynal, un químico argentino radicado en México, que dirigía el Fondo de Cultura Económica, una de las experiencias más innovadoras de Latinoamérica.

Le pidieron que les aconsejara quién podía llevar adelante el emprendimiento y, cuando el editor intuyó que tenía al candidato, en lugar de citarlo a una entrevista en un despacho de la universidad, le dijo que lo visitaría en su casa y luego de charlar sobre bueyes perdidos, comer, conocer a la familia y mirar la biblioteca, se retiró satisfecho.

Dicen que dijo: “Tengo un hombre con experiencia, es joven, es interesante, es matemático, pero tiene un inconveniente: está loco”. Luego de lo cual José Boris Spivacow –quizás el más importante editor que tuvo la Argentina– fue designado gerente general de Eudeba. Es posible que el episodio esté mitificado, pero no hay locura más cuerda que la que resultó de esa elección quijotesca: la editorial universitaria es otro de los méritos –no suficientemente reconocido– de Orfila Reynal. “Los hechos más significativos en la historia de la edición de ciencias sociales en la Argentina y en América Latina –sostiene el especialista Gustavo Sorá– pueden ser comprendidos al evocar experiencias de figuras como Arnaldo Orfila Reynal y Boris Spivacow.” Aunque con diferencia de edad, ambos se constituyeron en un tipo de intelectual que hoy, sumidos en una cultura especializada y segmentada, está en vías de extinción. Hombres y mujeres de izquierda, defensores del espacio público y del Estado, de formación ecléctica y en muchas zonas autodidacta, vasta y de espíritu iluminista.

Capaces de discutir sobre cine, de reconocer pintores, de hacer citas tanto científicas como literarias y, a la vez, mancharse los dedos en las imprentas, elegir exactamente el pliego de papel indicado para que no quedara desperdicio, trabajar a tiempo completo y no poner sólo la cabeza, sino entregarse en cuerpo y alma

“Eran laburantes de la cultura” tal como acertadamente los definió el investigador Aníbal Ford.

Casi podría decirse que Orfila Reynal (1897-1997) nació entre letras, porque su padre tenía una imprenta, donde él mismo trabajó después. En la escuela secundaria –el entonces flamante y vanguardista Colegio Nacional de La Plata– ideó la primera de las veintisiete publicaciones periódicas, políticas o culturales, que editó a lo largo de su vida. Allí también organizó y dirigió una escuela nocturna para 600 obreros. Militante de la Reforma Universitaria, en 1921 viajó al Congreso Internacional de Estudiantes que se realizaba en México y anudó en ese momento el vínculo de por vida con esa nación que fue refugio –físico y emocional– de muchos compatriotas en tiempos difíciles. Lo bautizaron “El Cónsul de México”, según él mismo contaba, porque a

su vuelta del viaje devino en una figura aglutinadora de la cultura de ambos países.

A razón de un libro por mes, trabajaba como autor de obras de divulgación para la editorial Atlántida y como colaborador de Claridad, cuando recibió un telegrama de Daniel Cosío Villegas –amigo y director del FCE– que lo invitaba a dirigir la filial que el sello abriría en Buenos Aires, en 1945. Tres años después le ofrecieron hacerse cargo directamente de la casa matriz, en donde trabajó durante 17 años. Bajo su gestión, se publicaron 891 títulos nuevos y se crearon seis colecciones, entre ellas la emblemática Breviarios.

Editor *laborante*, era un administrador eficaz de recursos y de relaciones sociales, que con su presencia marcaba el ritmo de producción diaria, que supo armar equipos, elegir en quién delegar las tareas, convocar a intelectuales reconocidos, descubrir a nuevos autores y –con su intuición como único estudio de mercado– generar una demanda para materiales que no parecían tener público constituido. Estaba convencido, como Spivacow, que el conocimiento humano podía organizarse y caber en colecciones y que leer hacía a la gente mejores personas.

Afiliado al Partido Socialista, Orfila Reynal había viajado como corresponsal de *La Vanguardia* a España para cubrir la Guerra Civil y, antes de volver de Europa, resultó testigo de la invasión alemana a Viena. A pocas semanas del asalto al Moncada, fue uno de los que tomó la Embajada de Cuba en México para exigir la renuncia del embajador del gobierno de Batista y, en 1969, Fidel Castro y la familia Guevara depositaron en las manos del editor los diarios del Che.

Orfila fue radicalizando su pensamiento y con él el catálogo del Fondo. Por un lado continuó el perfil americanista que compartía con la gestión que Cosío Villegas; por el otro abrió la editorial a las corrientes de pensamiento marcadas por el movimiento tercermundista y el castrismo. En relación con la política mexicana, un sector de la intelectualidad había urdido una red de apoyo al PRI (Partido Revolucionario Institucional), añoso entramado que fue resquebrajándose a causa del viraje que tomaron algunas de las gestiones de entonces. Ese distanciamiento fue lo que los políticos se cobraron en la figura emblemática de Orfila Reynal. A raíz de la publicación del libro *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, el jurista Luis Cataño Morlet atacó al autor y al editor en una conferencia a la que asistió el presidente de México Gustavo Díaz Ordaz. Ante el fracaso de una acción judicial, el gobierno tomó cartas directas en el asunto: pidió la renuncia de Orfila Reynal acusado de “extranjero comunista”.

A diferencia de lo que ocurre en otros países, donde la edición parte de iniciativas privadas, el Estado mexicano fue una pieza fundante en el desarrollo de la industria del libro y en la conformación de una masa lectora. Y si bien la figura del fideicomiso le permitió al FCE tener autonomía, contaba con subsidios y cierta injerencia del poder político que terminó jugándole la peor de las pasadas.

Orfila acató la orden de despido con aparente calma, mientras que en la

editorial produjo indignación y protestas de un grupo de trabajadores que terminó siendo expulsado.

Enterados de la forzada renuncia, muchos autores del Fondo decidieron rescindir sus contratos y junto a periodistas, científicos, empresarios y funcionarios –en total unas quinientas personalidades– le dieron apoyo público y material para que el editor emprendiera otra de sus quijotadas, la fundación del sello Siglo XXI.

En 1980 José López Portillo, entonces presidente de México, le entregó al editor la condecoración Águila Azteca, máximo galardón que el país otorga a un extranjero; en 1993, la Feria Internacional de Guadalajara decidió premiar a Orfila Reynal con el Reconocimiento al Mérito Editorial –instituido especialmente en su honor– y en 2011, el Fondo de Cultura Económica relanzó *Los hijos de Sánchez*, una edición-homenaje a 50 años de la publicación original... Todos gestos simbólicos y reparatorios a su mejor cónsul.

Judith Gociol

Bibliografía

AA. VV., *Libros para todos. Colecciones de EUDEBA bajo la gestión de Boris Spivacow (1958-1966)*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2012.

Nova Ramírez, Víctor Erwin, *Arnaldo Orfila Reynal. El editor que marcó los cánones de la edición latinoamericana*, tesis de maestría, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2013.

Sorá, Gustavo, “Edición y política. Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años 60”, *Revista del Museo de Antropología*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2008.

Sorá, Gustavo, “Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico”, en Neiburg Federico y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.



Arnaldo Orfila Reynal, director del FCE 1948-1965.

Obrar de un revolucionario en las sombras

No existe ni existió otro medio de comunicación que iguale a las editoriales Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI en la labor de unificación simbólica de las culturas nacionales de Iberoamérica. Ello sucedió entre 1950 y 1976. Por entonces la política no acompañaba a la cultura, inclusive después del llamado de la Revolución cubana. Hoy en día la política intenta cierta unidad continental, pero, pese a los espejismos de la web, la cultura no produce medios para ensayar algún camino convergente. Aquellos años están demarcados entre la confirmación de Arnaldo Orfila Reynal (1898-1999) como director general del FCE y el fatídico golpe militar en la Argentina. Si nombro a ese editor es porque no hay nada natural en las revoluciones simbólicas o políticas. Igualmente no es cierto que éstas sean el desenlace necesario de un proceso social abstracto, sin personas concretas de carne y hueso que encarnaron ideales y acciones para encausar utopías, derrumbar injusticias. Pero tampoco es cierto que la revolución sea apenas el mágico resultado de alguna “toma de consciencia” guiada por plumas geniales o guerreros inmortales. Si iluminamos la sombra en la que habitan los editores, en este caso veremos que aquel hombre sin biografía fue uno de los más incisivos entre los revolucionarios que se desvivieron por América Latina e hicieron realidad su imaginada unidad.

No quiero reclamar un nicho en el panteón. Mi intención es humanizar una historia que puede ser escrita de otros modos. Para eso es necesario desacralizar, pensar a los revolucionarios en las sombras. En estas líneas quisiera esbozar algunos datos e hipótesis sobre las condiciones sociales e históricas que explican por qué Orfila Reynal fue lo que llegó a hacer. Una simple demostración haría alusión a que estuvo en los lugares exactos en los momentos más decisivos de *una* historia (véase en este catálogo el texto de Judith Gociol) y de una historia de la edición, que también pueda ser una historia general de la cultura de América.

En primer lugar, hay que considerar que el Fondo de Cultura Económica tiene un trayecto previo que abarca la figura de Orfila Reynal. Daniel Cosío Villegas, primer director del FCE desde la fundación de esta editorial en 1934, sentó las bases del catálogo: traducción de las ciencias sociales y humanas, de los libros esenciales para la formación de los primeros técnicos y científicos en esas disciplinas. Con Tierra Firme y Biblioteca Americana, a inicio de los años cuarenta, hizo del FCE un bastión para foguear el americanismo, ideología redentora que con diversos matices abrazaron los modernistas de todo el continente, desde Martí y Rodó hasta Cortázar y González Casanova. Hacia 1918, Cosío había participado del entorno de Los Siete Sabios de México. Trabajó en el corazón de los proyectos pedagógicos de José Vasconcelos y tuvo condiciones para pretender posiciones de liderazgo político e intelectual. Fue abogado, economista, diplomático, rondó muchos círculos de un campo de poder que lo corrió hacia una posición de “escritor”, de “intelectual liberal”. Su obra fue consagrada con la gesta de una monumental *Historia moderna de México* para explicar las causas y derivas de la Revolución. Para Cosío Villegas la edición fue un medio hacia otros fines. De hecho Orfila fue llamado a ocupar su lugar

en el FCE en 1948, cuando Cosío tomó una beca Rockefeller para ir a Estados Unidos a iniciar la proyección de la mencionada historia.

En segundo lugar, veamos la huella que Orfila trazó sobre aquella historia y algunas marcas de su diferencia. De joven, Arnaldo Orfila Reynal también había experimentado posiciones políticas y de vanguardia cultural. Pero era químico, no pretendió reconocimiento como escritor y Argentina no contaba con ninguna revolución en su trastienda. Primero administró una farmacia, luego un laboratorio de químicos para la industria lechera, hasta que por los lazos de fidelidad con México desde la época de su liderazgo reformista, hacia 1944 fue invitado a dirigir la sucursal argentina del FCE, primera en el exterior. Argentina era un “mercado cultural” fundamental para los editores mexicanos. Buenos Aires inundaba el continente de literatura, pero (a pesar de Losada) la edición de “modernas ciencias sociales” no era demasiado expresiva. Complementariedad, división internacional del trabajo, competición en un espacio editorial de lengua castellana que por entonces comenzaba a ser real. Orfila Reynal fue reconocido como un eximio administrador de empresas. En este caso, devoto exclusivamente de causas morales: el reformismo, el americanismo, el socialismo, la liberación de los países del continente. Su gestión al frente del FCE es reconocida como la edad de oro. Con el horizonte de sus ideas y experiencias de la Universidad Popular, primero se lanzó a la conquista del gran público. Las dos primeras colecciones que planeó a inicios de los años cincuenta fueron Popular y Breviarios. En esos años el FCE también se abrió definitivamente a la edición de literatura nacional y ello permitió que, finalmente, la editorial deviniera marca de “cultura mexicana”. Con Orfila como director, salieron los libros que consagraron definitivamente a Paz, Fuentes, Rulfo y toda la generación de la “moderna literatura mexicana”.

Finalmente, veamos al revolucionario como ser social. Si nos empecinamos en hablar sólo de Orfila, caemos nuevamente en las trampas de la biografía, en la hagiografía y en los lamentos de una causa quizá perdida. Si hasta hace poco la historia echaba un cono de sombra sobre Orfila, mucho más sobre sus relaciones íntimas y de confianza, al menos con personas que fueran escritores. Me refiero, por empezar, a María Elena Satostegui y Laurette Séjourné, los amores de Orfila. Con María Elena se había casado poco antes de asumir la administración de la sucursal porteña y se separó a los dos años de asentado en México, momento en que empezó su romance con Laurette, quien era viuda del legendario revolucionario bolchevique Víctor Sèrge. Satostegui era platense, contadora. Si bien en 1948 fue Delia Echeverry quien quedó formalmente a cargo de la sucursal argentina del FCE, fue María Elena la persona de máxima confianza de Orfila Reynal para la expansión internacional del FCE y de Siglo XXI. Por su intermedio, por ejemplo, se quebró la barrera franquista para que en 1963 se abriera la sucursal de Madrid a cargo de Javier Pradera, reconocido intelectual comunista. Laurette, por su parte, fue una importante arqueóloga de Mesoamérica, aunque marginal a los círculos del INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia), que en México controlaban la historia

precolombina. Según el testimonio de amigos de la pareja Séjourné-Orfila, ella fue decisiva para la radicalización del pensamiento político de Arnaldo durante la Guerra Fría. Jugado de lleno por la Revolución cubana, Orfila fue blanco del gobierno de Díaz Ordaz y de intelectuales nacionalistas como Salvador Azuela, quienes no toleraban que *la usina* de cultura escrita mexicana estuviera a cargo de un extranjero de izquierdas. La crónica cuenta que el nacimiento de Siglo XXI a finales de 1965 resultó de la épica reacción de un ejército de intelectuales de todo el continente. Es cierto. Pero también de la silenciosa complicidad de los aliados más próximos, en el trabajo diario, en la vida cotidiana: el editor Martí Soler, la administradora Concepción Zea, el corredor de ventas Rodrigo Asturias, en México; y Satostegui y Norberto Pérez en la Argentina. Pérez, quien trabajó junto a Orfila desde los 14 años, cuando entró como cadete en 1945, guarda una imagen arqueológica de Orfila: “Era un socialista de moñito”, como sus amigos C. Sánchez Viamonte, J. L. Romero, S. Bagú y tantos otros compañeros reformistas que en los setenta compartían los consejos editoriales con jóvenes como E. Tándeter, H. Schmúcler o J. C. Garabaglia. También chocó con intelectuales de la vanguardia del 70, como J. Aricó y J. Tula, quizá porque, como ningún otro, Orfila representaba aquel delgado hilo rojo que unía Reforma del 18 y Revolución del 59.

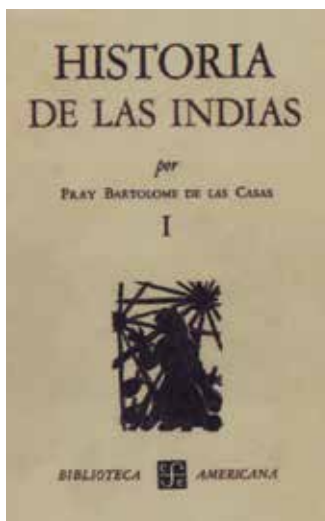
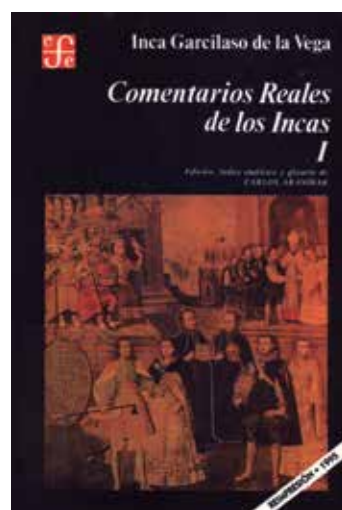
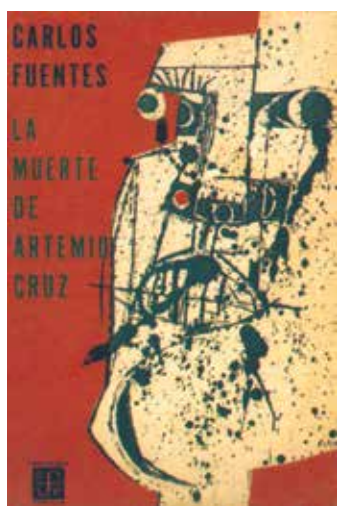
Como el Che, Orfila Reynal consideraba a la Argentina fundamental para su revolución. Pero no hay que olvidar que fue un país como México y una plataforma como el Fondo de Cultura Económica desde donde pudo emprender tamaña obra de unidad cultural. Vivió 100 años, suficientes para brindar por revoluciones de las que se supo protagonista y sufrir por decadencias típicas de Occidente.

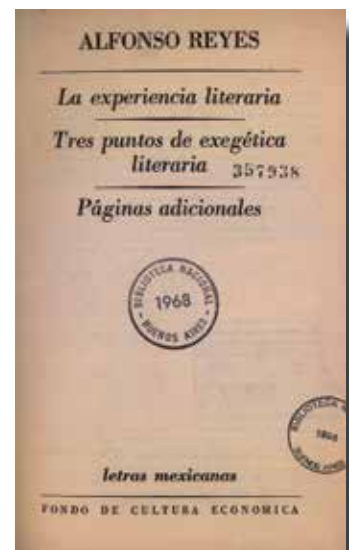
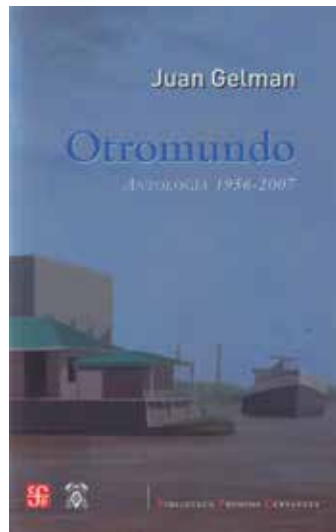
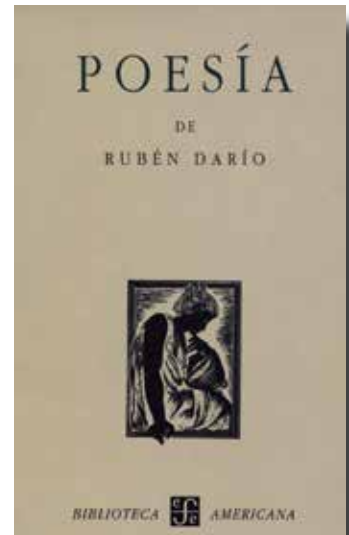
Gustavo Sorá

Libros fundamentales de la cultura hispanoamericana

Es indudable que a lo largo de sus 80 años de vida, el Fondo de Cultura Económica ha editado títulos fundamentales para la cultura hispanoamericana. De un extenso catálogo, destacamos ciertas obras siguiendo un criterio más o menos heterogéneo: encontramos libros imprescindibles para la historia de Latinoamérica (Las Casas, el Inca Garcilaso), las primeras publicaciones de autores (o precursores) del *boom*, como Rulfo, Paz y Fuentes, y reediciones o recopilaciones en formato de obras completas de autores consagrados.

En todos los casos, es notable el efecto de las políticas editoriales del Fondo de Cultura Económica, tendientes a fortalecer la circulación de libros locales y los lazos entre escritores e intelectuales de diversa procedencia y otorgando espacios necesarios a autores que se aventuraban en el incipiente mundo editorial latinoamericano.

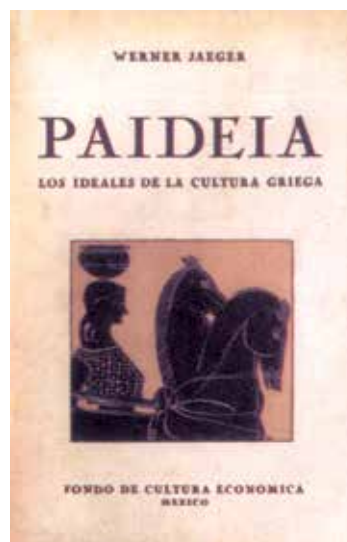
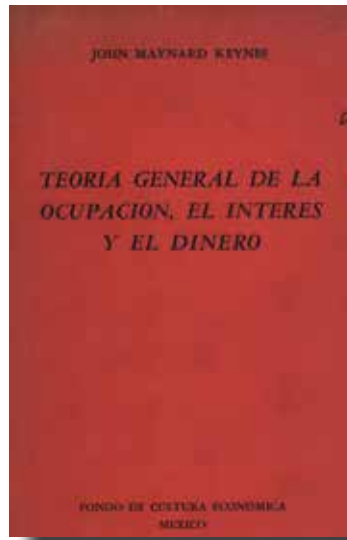




Traducciones

Si la creación de Fondo de Cultura Económica responde al deseo de sus fundadores de facilitar el acceso a obras relevantes de economía, es lógico que en la proyección de la editorial hacia otras disciplinas la publicación de traducciones haya adquirido un rol central. La labor de la editorial en este respecto es vasta y esencial; sus efectos alcanzan a todos los países de habla hispana, y entre sus impulsores hallamos a figuras como Eugenio Imaz, Ramón Xirau (exiliados españoles en México), Alfonso Reyes, Raimundo Lida y el mismo Cosío Villegas. En la tarea de sus traductores se conjugan diferentes cuestiones que hacen a la historia y al carácter de Fondo de Cultura Económica. Por un lado, es destacable la producción de traducciones de obras cúlmines del pensamiento universal en el seno de una editorial latinoamericana. Al mismo tiempo, el hecho de que el Fondo de Cultura haya publicado las primeras traducciones al castellano de obras que revolucionaron o modificaron los paradigmas de las disciplinas a las que remiten (o que con el tiempo devinieron si no clásicas, al menos ineludibles) no deja de resultar relevante, puesto que pone de manifiesto de qué modo la editorial contribuyó y contribuye a la circulación de saberes y a la vinculación de los escritores e intelectuales más allá de las barreras geográficas y lingüísticas.





En 1934, un grupo de estudiantes de Derecho que quería especializarse en Ciencias Económicas creó, con ayuda de un subsidio estatal, el Fondo de Cultura Económica. Conscientes de la dificultad de acceder a libros importantes en materia de economía, proyectaron una editorial que les permitiera consultarlos. En consecuencia, en sus inicios el FCE estaba restringido a una ciencia, a una colección. El éxito del primer número de la revista *El Trimestre Económico* y de los dos primeros libros publicados en el año 1935 (*Karl Marx* y *El dólar plata*), motivó la expansión de la editorial, que dejó de centrarse exclusivamente en economía, y decidió ampliar su alcance hacia otras ramas de la ciencia. En primer lugar, en el año 1937, comenzó con la colección de Ciencia Política y, dos años más tarde, continuó su expansión con los libros de historia.

Creada por lectores que no conseguían los libros a los que pretendían acceder, se trata de una editorial que se mantiene fiel a esa característica inicial: se ocupa de facilitar la circulación de libros en lengua hispana. Sin embargo, no responde exclusivamente a la demanda de los receptores sino que, además, crea un nuevo tipo de lector. En este sentido, las colecciones son fundamentales, porque no tienen límites fijos: sus fronteras son flexibles y favorecen el encuentro entre diferentes disciplinas. De este modo, reciben una fuerte impronta de la editorial, que busca orientar y generar una nueva masa lectora en todo el continente americano.

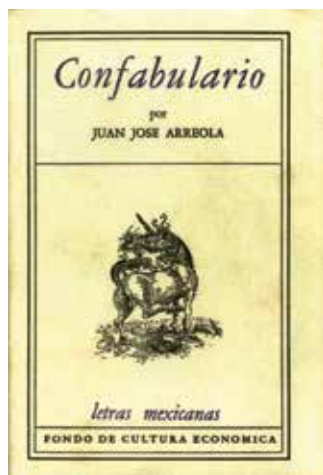
Arnaldo Orfila Reynal sostenía que el pensamiento humano puede organizarse en colecciones. En consecuencia, el Fondo difunde su cultura y sus textos de la misma forma. Por eso las colecciones no son una simple clasificación facilitadora del trabajo editorial; son, más bien, una manera de fomentar la circulación de los textos a partir de la demanda de los lectores, ampliando a su vez la oferta, de forma tal que cada uno de esos lectores pueda acceder a materiales que le son nuevos y desconocidos.

Letras Mexicanas (1952)

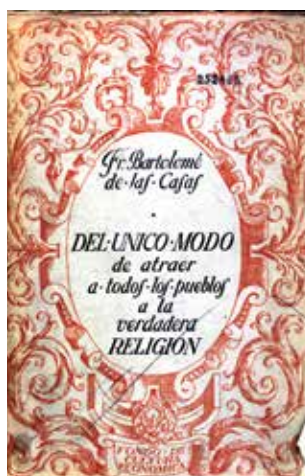
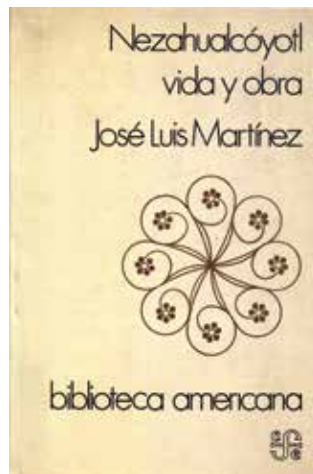
Incluye la serie México en la obra de Octavio Paz.

“La serie Letras Mexicanas vino a cubrir una deuda del Fondo para con su patria de origen, y ha conseguido encauzar una biblioteca de autores nacionales que, con sólo unos pocos volúmenes iniciales, ocupa un sitio sobresaliente entre las colecciones semejantes (...) Ideología, postura estética, divergencias de grupo ni otros parecidos motivos confinan las dimensiones de la serie, que busca en el contraste la genuina expresión literaria de México. Este ámbito de libertad y de calidad –el tradicional rigor del Fondo aunado a su tradicional amplitud de criterio– confiere valor inestimable a la colección y es poderosísimo estímulo para el fomento de la literatura nacional.”

Agustín Yáñez



Biblioteca Americana (1947)



“No todo puede ser novedad en una Biblioteca de esta índole, que abarca todo lo interesante de un inmenso campo literario, es decir, muchas obras que conviene ante todo reeditar a base del texto mejor, o traducir con esmero y elegancia. Pero los prólogos o, cuando vale la pena, extensos estudios preliminares, han de ser verdaderas ‘introducciones’ que ayuden al lector a leer inteligentemente los libros como documentos, fuentes de ideas u obras de arte. La dirección de la Biblioteca Americana cumple su cometido al encargar tales estudios a las personas mejor preparadas (...) Lo ya realizado por esta colección significa para ella una alta responsabilidad ante los estudiosos, y para éstos una grande y efectiva esperanza.”

Marcel Bataillon

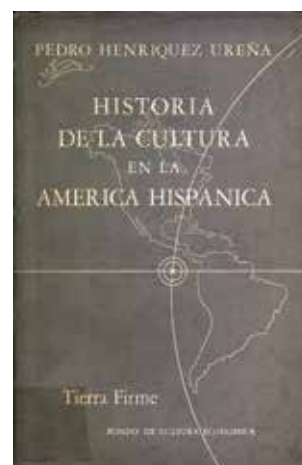
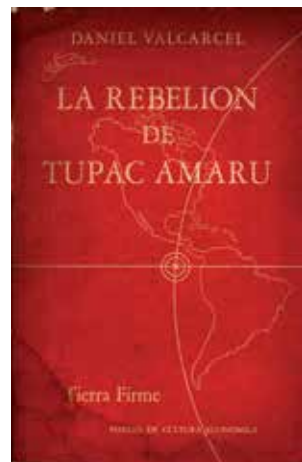
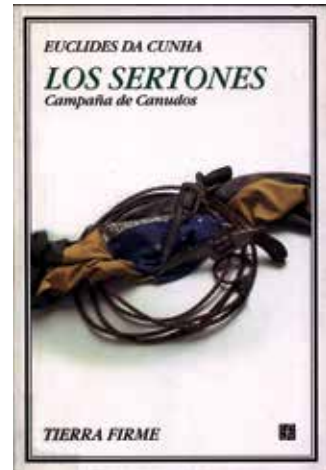
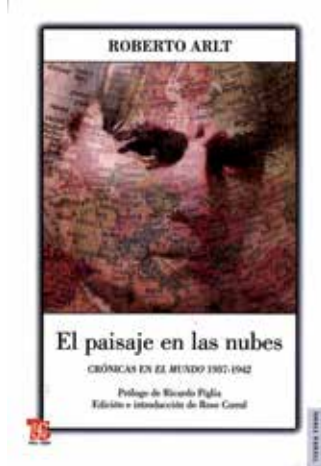
Tierra Firme (1944)

Incluye las series Biblioteca José Luis Romero, del Recienvenido y Viajeros.

“La colección Tierra Firme ha marcado en la vida espiritual del Continente una hora de la conciencia hispanoamericana; revive el olvidado sueño de un humanismo continental en que se afanaron algunas grandes figuras de América: Martí, Varona, Rodó, Justo Sierra, Rubén Darío, etc. (...)

Esta serie es americana por la confluencia de lo universal en ella, por el propósito de espigar en todas partes, con el único criterio de elegir lo mejor y traerlo para nuestro beneficio; pero también es ceñidamente americana por los temas y autores nuestros que ya figuran en ella, y que aumentarán, sin duda, con su crecimiento, lo que basta a diferenciarla de todas las otras de orientación semejante.”

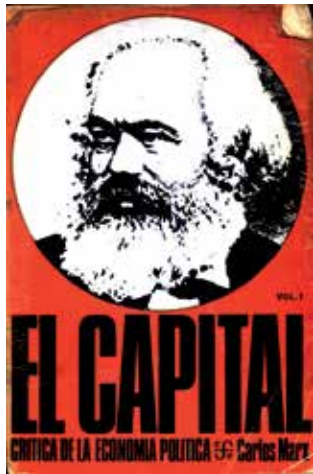
Mariano Picón-Salas



Economía (1935)

“Como es sabido, la Economía fue, por así decirlo, el motivo originario del Fondo de Cultura, a modo de su apellido patronímico, que *ab ovo* le imprimió carácter. (...) La sección de Economía, nacida a la luz en 1935, ostenta el decanato entre todas las de la editorial. Y cualesquiera que sean los nuevos rumbos que enfile esta nave –hacia puertos de ventura o aventurándose en mares procelosos e inciertos–, siempre se ha mantenido y se mantendrá fiel a un destino que es también su brújula indudable.”

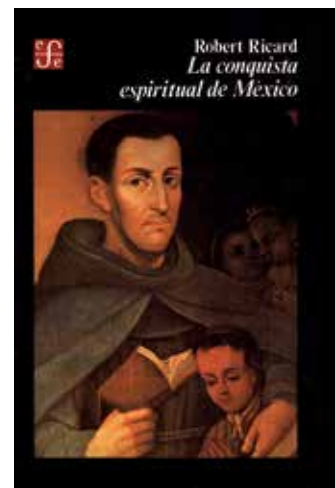
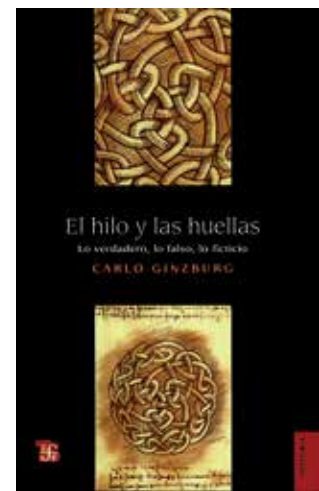
Julián Calvo



Historia (1939)

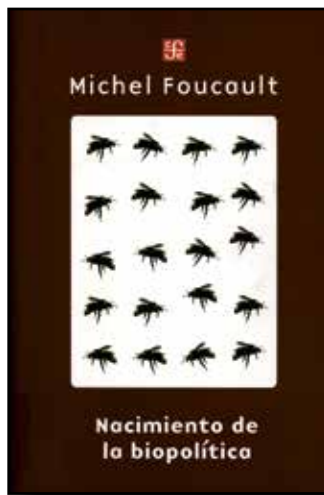
“En el programa de publicaciones del Fondo de Cultura Económica, la Historia ha ocupado un lugar prominente. No podía ser de otro modo, en razón de la aguda conciencia histórica del hombre contemporáneo y del carácter social de las disciplinas a las que ha consagrado predominantemente su esfuerzo esta benemérita casa editorial. Es frecuente, por eso, encontrar títulos de enfoque histórico en cualquiera de las principales categorías de su lista de obras, a más de las excelentes síntesis que aparecen en la colección de Breviarios, entre los que caben destacarse los de Turberville, Parry y el malogrado Bloch (...). Pero fuera de estas contribuciones de orden general, se encuentra una colección nutrida e importante bajo el rubro particular de *Historia*.”

Silvio Zavala



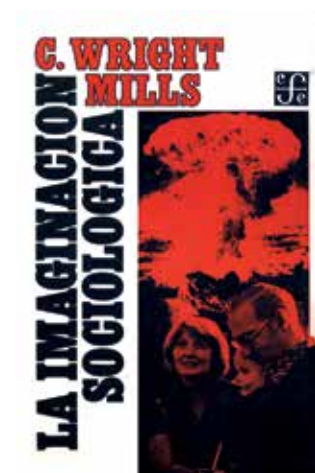
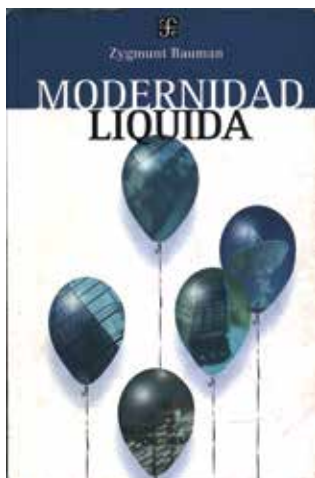
Sociología (1941)

Incluye las series Economía contemporánea, Economía latinoamericana y Clásicos de economía.



“Era la Sociología en los países de nuestra lengua una entidad confusa que amparaba en su ambigüedad los más varios engendros. Desaguadero de profusa ensayística o canal de ambiciones, no acababa de tener ante nuestro público ilustrado el contorno riguroso y la seriedad de propósitos que trabajosamente había ya ganado en otras partes. En ayuda de algunas voces aisladas, la editorial quiso contribuir en algo al inicial saneamiento.”

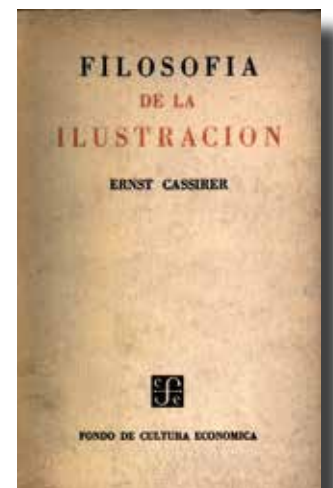
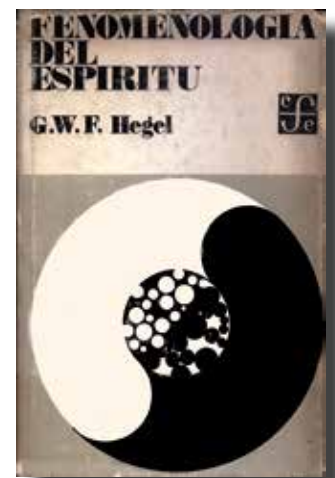
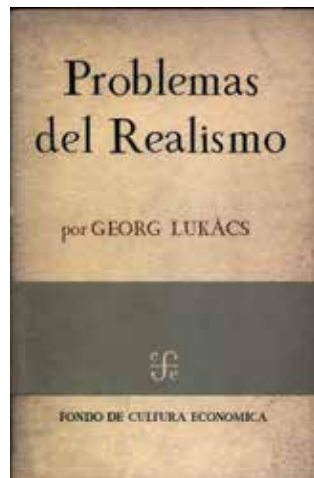
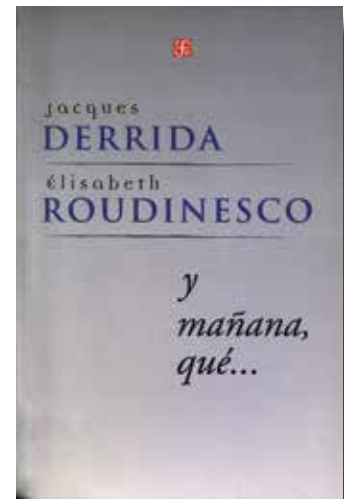
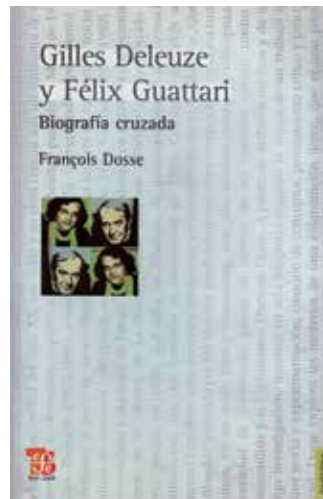
José Medina Echavarría



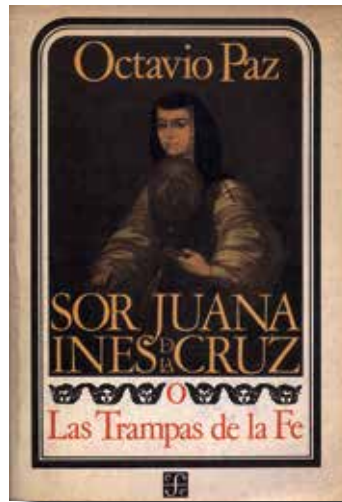
Filosofía (1942)

“Esta sección ha atendido, ante todo, a la publicación en español de las obras maestras de la filosofía de nuestros días; preferentemente de aquellas cuya lengua original está más alejada de la española y menos difundida aún entre quienes hablan ésta. Las obras maestras de la filosofía de nuestros días son, sin duda, las iniciadoras de las corrientes sucesivamente dominantes a lo largo de nuestros días en el campo de la filosofía, o las más representativas de estas corrientes.”

José Gaos



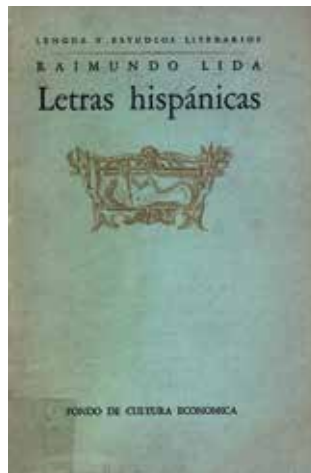
Lengua y estudios literarios (1946)



“Muchas direcciones caben en estos estudios monográficos, enlazados por una común exigencia de calidad y, cuando se trata de obras traducidas, por el empeño del Fondo en que cada una de las versiones dedicadas a los lectores de habla española sea, en lo posible, más que un mecánico traslado. A menudo esas obras resultan, así, prácticamente nuevas y, no pocas veces, superiores a las ediciones generales.

Orientada de tal modo la serie de lengua y literatura, no hay peligro de que degeneren en archivo ilegible. Conversación viva es la que traen estos libros. Inútil señalar la importancia de tan cuidadosa siembra para países como los nuestros, gravemente necesitados de buena crítica. Cada libro enriquece con una nueva voz el coro de la comprensión inteligente y cordial.”

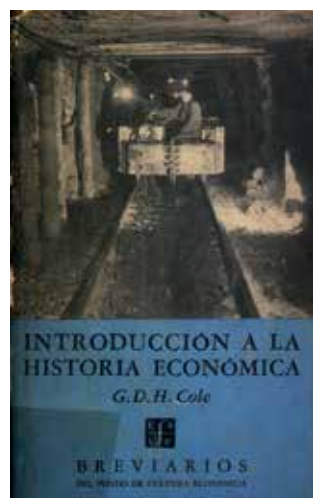
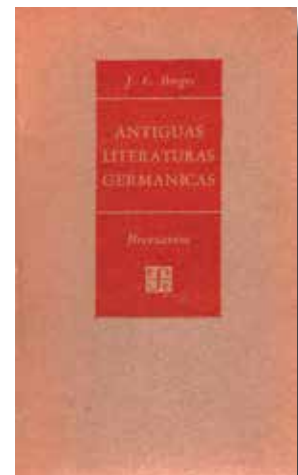
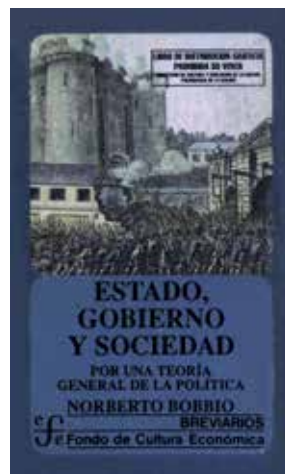
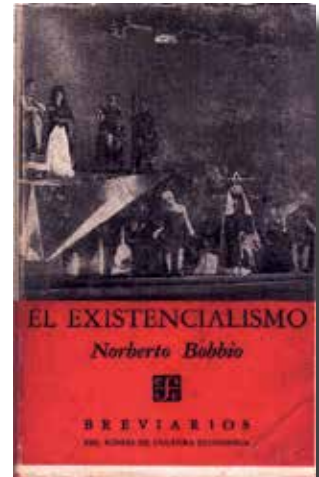
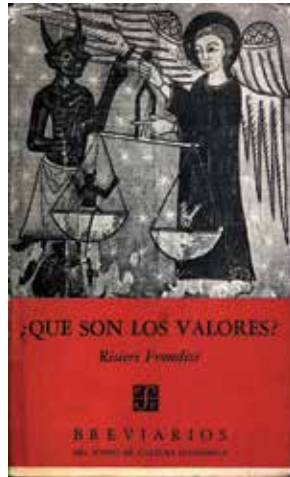
Raimundo Lida



Breviarios (1948)

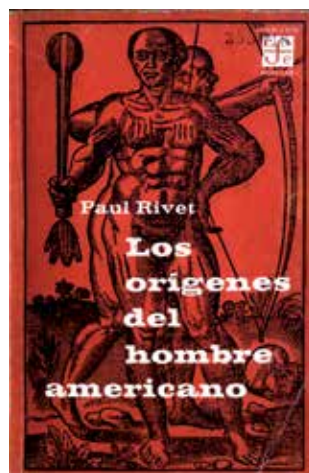
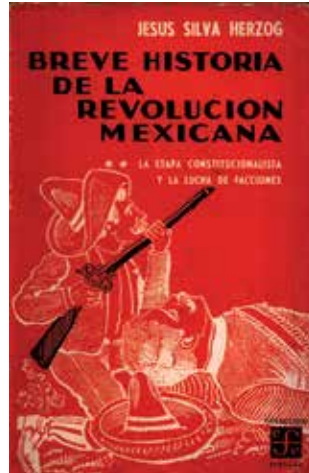
“La cultura hispanoamericana será deudora a los *Breviarios* de contar con una serie enciclopédica concebida y realizada a su medida. Es nota de nuestra civilización la universalidad. Gentes de muchos orígenes se juntan y arraigan en nuestros países, los que también, por otros motivos, miran hacia el ancho mundo y acogen simpáticamente lo extraño, como si aspiraran a una armónica reelaboración de la cultura, sin restricciones ni exclusivismos y con un designio de integración humanista.”

Francisco Romero



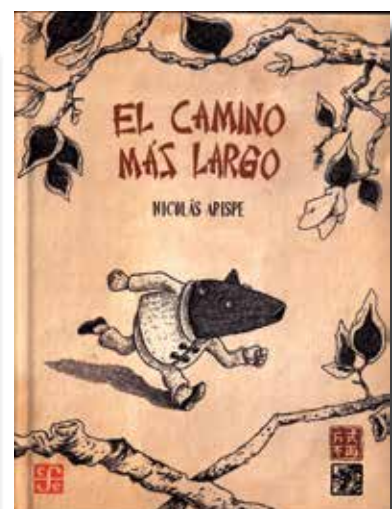
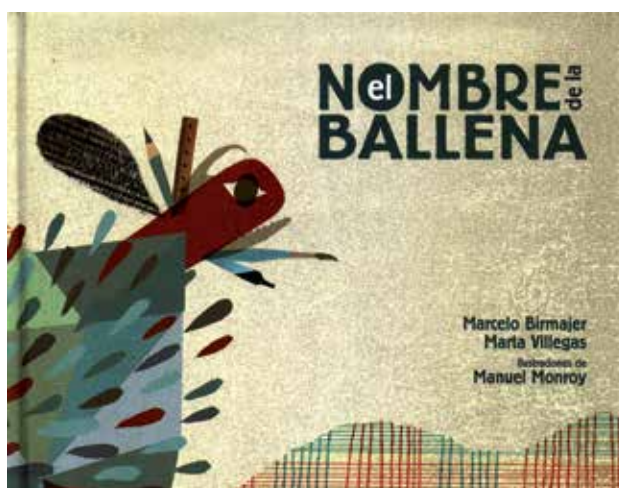
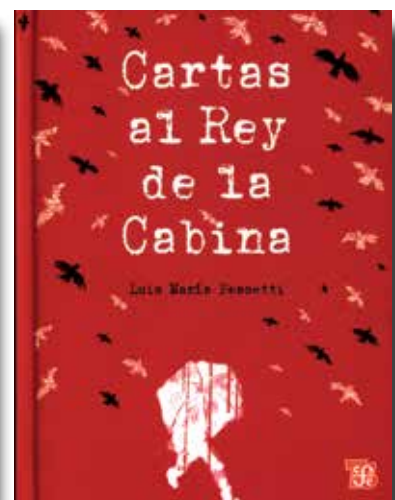
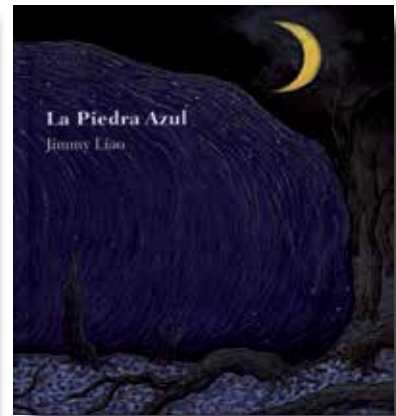
Colección popular (1959)

Se inició en el año 1959, en el marco de los festejos por el 25 aniversario del Fondo de Cultura Económica. En sus orígenes consistió en la reedición, en formato de bolsillo, de obras publicadas anteriormente en otras colecciones. Se rescatan títulos importantes que, de esta manera, circulan con mayor facilidad, ya que sus precios son considerablemente más bajos.



A la orilla del viento (1993)

Reúne los libros infantiles publicados por el Fondo de Cultura Económica. Con ediciones coloridas y muy bien trabajadas. Los textos que integran la colección le otorgan un prestigio único. Incluye la serie Los especiales de *A la orilla del viento*.



Las principales colecciones de Fondo de Cultura Económica

70 aniversario

A la orilla del viento

Serie Los especiales de A la orilla del viento

A través del espejo

Administración pública

Serie Política y gobierno

Antropología

Archivos

Arte universal

Biblioteca americana

Biblioteca universitaria de bolsillo

Breviarios

Breviarios de ciencia

contemporánea

Centzontle

Ciencia y tecnología

Clásicos

Claves

Códices mexicanos

Colección popular

Serie Breves

Cuadernos de La Gaceta

Economía

Serie Economía contemporánea
Serie Economía latinoamericana

Serie Clásicos de economía

Educación y pedagogía

Espacios para la lectura

Filosofía

Historia

La ciencia para todos

Lecturas del trimestre económico

Lecturas mexicanas

Lengua y estudios literarios

Letras mexicanas

Serie México en la obra de Octavio Paz

Libros sobre libros

Los especiales de ciencia

Los primerísimos

Noema

Nuevo periodismo

Poesía

Política y derecho

Psicología, psiquiatría y

psicoanálisis

Sociología

Tezontle

Tierra firme

Serie Biblioteca José Luis Romero

Serie del Recienvenido

Serie Viajeros

Travesías

Umbrales

Varias

Vida y pensamiento de México

Un recorrido por la historia del Fondo de Cultura Económica

Figura 1

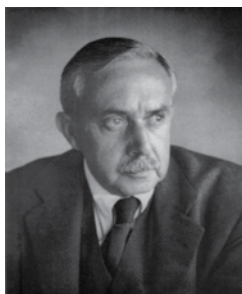


Figura 4



Figura 7



Figura 2



Figura 5



Figura 8



Figura 3



Figura 6



Figura 9



1934 (Figuras 1, 2, 3)

El 29 de abril sale a la luz el primer número de la revista *El Trimestre Económico*. Sus directores son Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor, y su primer editor la Central de Publicaciones, S. A., de Alberto Misrachi.

Se constituye en la ciudad de México la editorial Fondo de Cultura Económica, “institución de bien público y de servicio cultural”, como un fideicomiso ejercido por el Banco Nacional Hipotecario y de Obras Públicas. El primer

director fue quien había sido el promotor de la fundación, Daniel Cosío Villegas.

1935 (Figuras 4, 5)

Se publican los dos primeros libros del FCE: *El dólar plata* de William P. Shea y *Karl Marx* de Harold Laski.

1939 (Figuras 6, 7, 8, 9)

En agosto aparece *El Noticiero Bibliográfico*, antecedente de *La Gaceta*. Se editan 139 números de 1939 a 1942.

1943

El Banco de México S. A. es el nuevo fiduciario del FCE, desde el mes de febrero.

1944 (Figura 10)

Aparece el *Catálogo general* de la primera década del FCE.

1945

Enero. Inauguración de la Sucursal en Buenos Aires, Argentina.

Figura 10



Figura 12



Figura 13



Figura 11

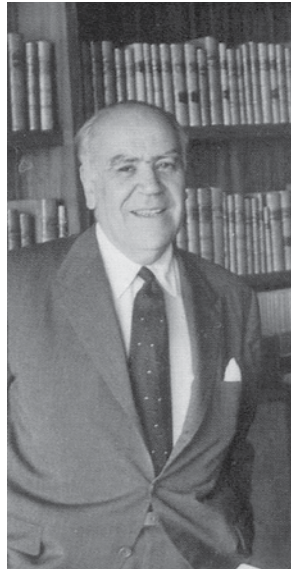


Figura 14



Figura 15



1947

Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché.

1948 (Figura 11)

En el mes de junio, en reemplazo de Daniel Cosío Villegas, asume Arnaldo Orfila Reynal como director.

1950

El laberinto de la soledad, de Octavio Paz.

1951

Historia de las Indias, de Bartolomé de las Casas.

Antiguas literaturas germánicas, de Jorge Luis Borges.

1952

Poesías, de Rubén Darío.

1953

El llano en llamas, de Juan Rulfo.

1954

Enero. Inauguración de la Sucursal en Chile

Al conmemorarse su 20 Aniversario, el FCE se traslada en el mes de septiembre a su propio edificio, en Avenida Universidad y Parroquia, Ciudad de México. (Figuras 12, 13, 14, 15)

En septiembre aparece el primer número de *La Gaceta* del FCE, en gran formato, que cuida Joaquín Díaz Canedo, por ese entonces gerente de producción. (Figuras 16, 17, 18)

Figura 16



Figura 17



Figura 18



Figura 19

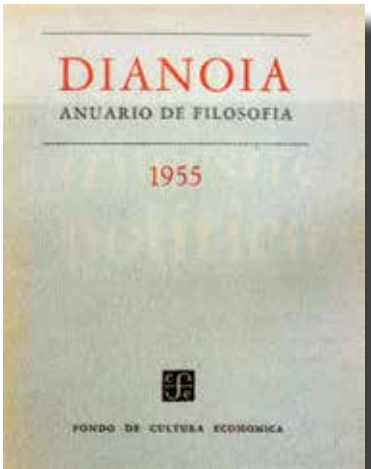


Figura 20



Figura 21



1955

Pedro Páramo, de Juan Rulfo.
Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz.

Obras completas de Alfonso Reyes.
Se inicia la publicación de *Dianoia*. Anuario de filosofía, en coedición con el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México, que continúa publicándose. (Figura 19)

1957

Manual de zoología fantástica, de Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero.

1958

La región más transparente, de Carlos Fuentes.

1959

Comienza la Colección Popular con *El llano en llamas*, de Juan Rulfo.

1962

La muerte de Artemio Cruz, de Carlos Fuentes.

1963

Marzo-abril. Inauguración Su- cursal Madrid. (Figuras 20, 21)

1965

Arnaldo Orfila Reynal deja la dirección y se nombra director general a Salvador Azuela, en el mes de noviembre.

1967

“El Banco de México, S. A, mediante acuerdo de su Consejo de Administración de fecha 6 de diciembre de 1967, determinó ceder sus derechos de fideicomitente en el FCE, a título gratuito y sin reserva ni limitación alguna, a favor del Gobierno Federal, representado por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público”.

Figura 28



Figura 29



Figura 30



Figura 27



1979

Se crea la colección de *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*, que consistió en la edición facsimilar de algunas de las más reconocidas publicaciones periódicas literarias de la historia del país.

El FCE festeja su 45 aniversario junto al entonces presidente de la República José López Portillo.

1980

José López Portillo le otorga el Águila Azteca, la condecoración más alta que el gobierno mexica-

no otorga a un extranjero, al ex director del FCE Arnaldo Orfila Reynal.

1983

Jaime García Terrés asume la dirección del FCE, quien hasta un año antes de asumir había sido director de *La Gaceta*. Las filiales empiezan a tener una mayor actividad editorial, encargándose de la edición y la reimpresión de otras obras del FCE.

1984

El FCE cumple 50 años y se publica el *Libro conmemorativo del primer medio siglo*. (Figuras 28, 29, 30)

Se abre la filial del FCE en Colombia.

1987

Empieza la publicación *Galeras del Fondo de Cultura Económica*, que reúne entrevistas, reseñas y noticias. Salieron 70 números. (Figuras 31, 32, 33, 34)

Figura 31



Figura 32



Figura 33



Figura 34



1989

Asume la Dirección del FCE Enrique González Pedrero.

Por su trayectoria editorial el FCE recibe el Premio Príncipe de Asturias. Lo recibe su director, Enrique González Pedrero. (Figura 35)

1990

El FCE abre una filial en San Diego, Estados Unidos. (Figura 36)

1991

Abre la librería Azteca en San Pablo, Brasil, una nueva sucursal del FCE en América Latina. (Figura 37)

Miguel de la Madrid Hurtado, ex presidente de México, asume como director del FCE.

1992

Periolibros, una publicación con un diseño vistoso que contribuyó a la divulgación de obras plásticas y literarias de la región. Se publicó durante cinco años. (Figura 38)

1993

El FCE comienza a publicar libros infantiles. Se crea la colección A la orilla del viento.

La Feria Internacional del Libro de Guadalajara condecora a Arnaldo Orfila Reynal con el Reconocimiento al Mérito Editorial, instituido especialmente en su honor.

1996

Obra poética, de César Vallejo.

1997

El FCE inaugura la librería Octavio Paz. (Figuras 39, 40)

Figura 35



Figura 36



Figura 37



Figura 38



1998

Se establece la filial del Fondo en Guatemala. (Figura 42)

2000

El director del FCE es Gonzalo Celorio Blasco.

2002

Consuelo Sáizar Guerrero es la primera mujer encargada de dirigir el FCE.

2004

Se presenta una colección conmemorativa por el 70 Aniversario.

2006

Abril. Se inaugura el Centro Cultural Bella Época, cuyo eje es la librería del Fondo Rosario Castellanos.

2008

Se inaugura el Centro Cultural Gabriel García Márquez en Bogotá, Colombia. (Figura 41)

2009

El FCE homenajea a Arnaldo Orfila Reynal acuñando una moneda con su efigie.

Joaquín Díez-Canedo Flores asume la dirección del FCE.

2010

Octubre. Se inaugura la librería Edmundo O' Gorman en las instalaciones del Archivo General de la Nación.

El FCE empieza a vender libros electrónicos en formato *ePub*.

Figura 39



Figura 40



Figura 41



Figura 42



2013

José Carreño Carlón es designado director del FCE.

Se impulsa el catálogo de libros electrónicos.

En la FIL Guadalajara se inician las celebraciones por el 80 Aniversario y se lanzan los desafíos para la novena década.

2014

Al cumplir su 80 aniversario el FCE cuenta con nueve filiales en todo el mundo (Argentina, Chile, Perú, España, Venezuela, Colombia, Estados Unidos, Brasil y Guatemala).

El Fondo de Cultura Económica y la Argentina

El 1º de enero de 1945 se inaugura la Filial Argentina del Fondo de Cultura Económica. Así abre sus puertas la primera subsidiaria y comienza la internacionalización de un proyecto que había nacido en México hacia poco más de una década.

Su apertura contribuyó al fortalecimiento de los vínculos entre los intelectuales y escritores de América Latina y la Argentina, poniendo a disposición del público local las obras de destacados escritores publicados en México, así como traducciones al castellano de obras del pensamiento y la cultura europea. Por otro lado, la Casa Matriz se ocupó desde sus orígenes de editar a autores argentinos como Lucio V. Mansilla (en 1947), Ezequiel Martínez Estrada (en 1948), Jorge Luis Borges (en 1951, 1955 y 1957), Adolfo Bioy Casares (en 1955), Enrique Anderson Imbert (en 1959) y Francisco Romero (en 1959), facilitando su circulación dentro del mercado hispanoparlante. Risieri Frondizi, José Luis Romero, Aldo Ferrer, Francisco Madariaga y Juan Gelman también han editado en el FCE.

Al mismo tiempo, no deja de resultar notable que el primer director de la Filial Argentina, Arnaldo Orfila Reynal, se convirtiera luego en uno de los más aclamados directores de la editorial. El filólogo argentino Raimundo Lida estuvo detrás de la creación de la colección Lengua y Estudios Literarios.

La Filial Argentina ha desplegado un importante programa editorial local, que alterna reimpressiones y novedades. Han sido publicados por la filial, entre otros destacados autores, José Aricó, Roberto Arlt, Marina Franco, Guillermo Jaim Etcheverry, Ernesto Laclau, Tomás Eloy Martínez, Manuel Mujica Láinez, José Luis Romero, Luis Alberto Romero y Paula Sibilía.

Además, la filial se ha encargado de traducir una amplia cantidad de obras: *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento* de Elisabeth Roudinesco, *Modernidad líquida* de Zygmunt Bauman, *El poder psiquiátrico* de Michel Foucault, *El hilo y las huellas* de Carlo Ginzburg, *El crimen occidental* de Viviane Forrester, *La República de Platón* de Alain Badiou, *Érase una vez... El universo, los dioses y los hombres* de Jean-Pierre Vernant, *Tiempo del corazón. Correspondencia* de Ingeborg Bachmann y Paul Celan y *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada* de François Dosse, entre otras obras importantes.

Fachada FCE
Entrada de la filial argentina.



Jorge Luis Borges

82/90

Buenos Aires - Abril 9/
1959

Querido Orfila:

Orfila

Me alegra mucho saber que mi prólogo
para el libro de Febres le haya gustado y quisiera
agradecerle sus bondadosas palabras, también el
gusto. — ¿No piensan darme una vuelta por acá?
Saludos a Hugo a quien recuerdo constantemente
y también a los amigos que siempre me distan
— gusto con libros y revistas interesantes —
Un abrazo cordial de

JL Borges

Carta de Jorge Luis Borges
9 de abril de 1959. Borges agradece al
entonces director del FCE, Arnaldo Orfila
Reynal, los elogios por su prólogo a las *Obras
Críticas* de Pedro Henríquez Ureña.

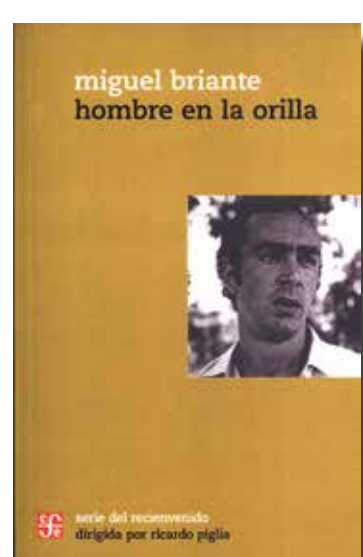
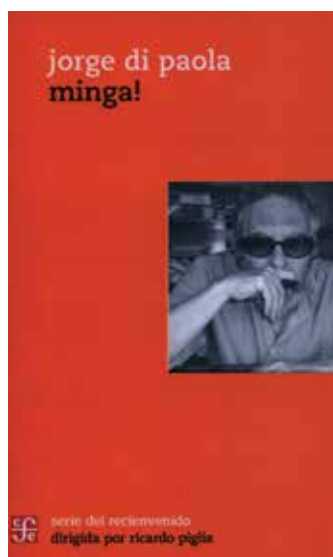
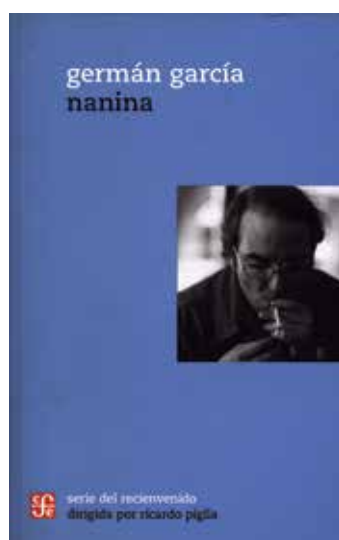
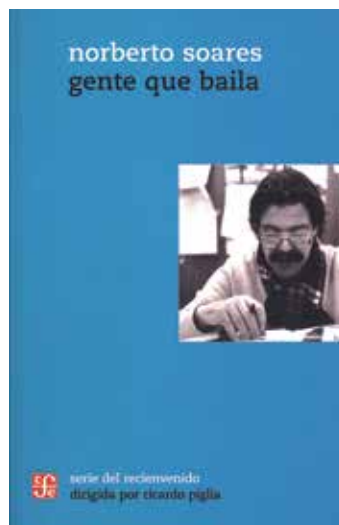
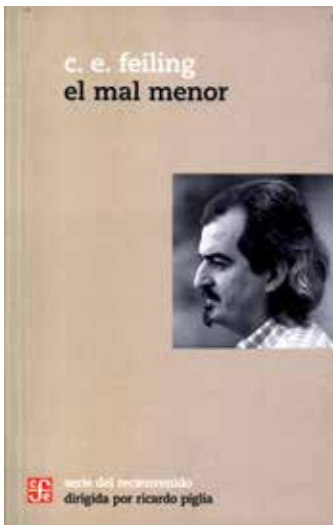
Serie Breves

En su origen fue dirigida por Enrique Tandeter y, actualmente, por Mariano Ben Plotkin. Es una serie que forma parte de la Colección popular y que edita ensayos que se adscriben a diferentes ramas de las ciencias, principalmente las sociales. En su origen, tenía el objetivo de ofrecer en textos breves y de lenguaje lineal el trabajo de diferentes autores. De esta forma, buscaba poder acceder a un público lector más amplio y que estos estudios pudieran servir en la vida cotidiana para la discusión en las calles y en las charlas de café.



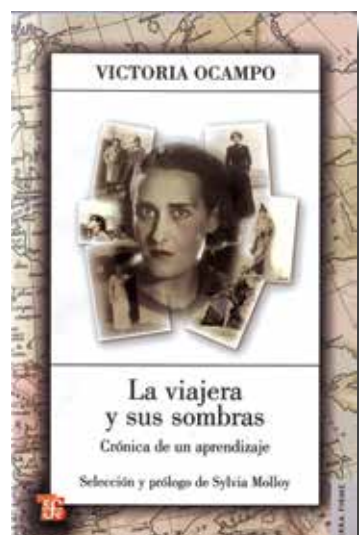
Serie del Recienvenido

El nombre de la serie, que forma parte de la colección Tierra Firme, es un homenaje a Macedonio Fernández y sus *Papeles de reciénvenido*. Dirigida por Ricardo Piglia, él mismo se encarga de prologar las obras y de elegir aquellos títulos que considera relevantes, pero que no han gozado de un amplio reconocimiento o nunca fueron reeditados. Del Recienvenido trata de escapar a la publicación frenética y, por el contrario, edita en intervalos pensados y prolongados, operando en estrecha relación con los libros que reúne, ya que busca posicionarse por fuera de la lógica mercantil editorial.



Serie Viajeros

Esta serie es parte de la colección Tierra Firme. Su directora es Alejandra Laera, y se encarga de editar y trabajar sobre libros que tratan la temática del viaje.





Presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner

Vicepresidente de la Nación Amado Boudou | **Secretario de Cultura de la Nación** Jorge Coscia

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Director Horacio González | **Subdirectora** Elsa Barber

Directora del Museo del libro y de la lengua María Pía López

Director de Cultura Ezequiel Grimson | **Directora Técnico Bibliotecológica** Elsa Rapetti

Director de Administración Roberto Arno

Equipo de realización y producción

Curaduría Cecilia Larsen, Emiliano Ruiz Díaz, Tomás Schuliaquer, Eugenia Santana Goitia

Diseño María Gabriela Melcon, Luisina Andrejerak, Santiago Fanego | **Corrección** Laura Romero

Montaje Christian Torres, Susana Fitere, Alejandro Muzzupappa, Adriana Roisman, Gonzalo Garabedian

Dirección de Cultura

Margarita Ardengo, Daniel Campione, Bárbara Maier, Vera Taborda,
Magdalena Calzetta, Martina Kaplan Corti, Alejandro Virués, Bruno Basile, Gonzalo Duprat

Coordinación de Estudios e Investigaciones

Roberto Casazza, Lucía Casasbellas, Gustavo Míguez, Tomás Schuliaquer, Nicolás Reydó,
Eugenia Santana Goitia, Florencia Ubertalli

Área de Investigaciones Bibliohemerográficas

Cecilia Larsen, Patricia Castro, Verónica Gallardo, Evelyn Galiazo, Emiliano Ruiz Díaz,
Solana Schwartzman, Andrés Tronquoy

Departamento de Producción

Martín Blanco, Valeria Nadra, Carla García Buform, Gabriela De Sa Souza, Juliana Vegas

Área de Diseño Gráfico

Axel Russo, María Gabriela Melcon, Valeria Gómez, Luisina Andrejerak, Santiago Fanego, Ximena Escudero

Departamento de Relaciones Públicas e Institucionales

Carlos Bernatek, Christian Torres, Susana Fitere, Alejandro Muzzupappa, Adriana Roisman, Gonzalo Garabedian, Andrés Girola,
Alejandro Rodríguez Álvarez, Valeria Agüero, Vanesa Sandoval, Mariela Gómez, Marcela Manuelli, Jimena Maetta

Departamento de Comunicación

Ximena Talento, Natalia Bellotto, Abelardo Cabrera, Javier Grufí, Laura Romero,
Martín Ponce, Diego Vega, Marcelo Huici, Isolda Wahnom

Prensa

Amelia Sara Lafferriere, Juan Martín Sigales, Maximiliano Canda, Nicolás Martins, Julia Narcy, María Sol Aguilar

Con el apoyo del:

Fondo de Cultura Económica

Embajada de México en la Argentina



EMBAJADA DE MÉXICO



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO